

SEBASTIÀ PERELLÓ

A RAS DE VOCES

1

Fragmentos traducidos del catalán
por Nicolau Dols

Título de la obra original:

Veus al ras

Publicado por Club Editor (2015)

Foreign Rights: Bernat Fiol

SalmaiaLit

C/Consell de Cent 407, 2

08009 Barcelona

(+34) 626 081 038

bernat@salmaialit.com



illenc
Institut d'Estudis Baleàrics

De nobis ipsis silemus.

Francis Bacon

2

*La parole est moitié à celui qui parle,
moitié à celui qui écoute.*

Montaigne

Mais parlant de lui, c'est de moi que je parle.

Pierre Michon

Oíste primero una voz que hablaba, pero sin ver figura alguna. Oías solo una voz y no la entendías. No. Recuerdas y esperas, te llegan recuerdos, querrías escuchar, que él se pusiera a hablar como un ángel. O como un libro. No. Primero fue el descubrir que te habías acostumbrado a mirarlo de reojo. Las pupilas vueltas. Todavía no comprendías sus rarezas. Tampoco. Todo comienza con una palabra suya que desconoces. Desde entonces ya nunca más creíste que la mudez fuera la tierra prometida, un país, sin dolor ni lenguaje. A veces, quien todo lo calla todo lo dice. Déjame hablar. O empieza tú, desde donde quieras, y háblame. Pero no dice nada. Ni media. Dicen que del hombre solo queda lo que ha dicho, fragmentos solamente, medias palabras, jirones, limaduras. Y lo que no llegó a soltar. Es en ti misma donde duermen las palabras que él ha retenido en el silencio que florece entre vosotros. Libérate. De uno que calla tú eres el fiador. Es lo que te has llegado a creer porque le has sentido hablar en ti. Tú das la cara. O escribes por no hablar. Escribir para mí sola, te has repetido una y mil veces, cartas que no leerá nadie, y sobre todo que no llegará a leer quien ha de dictarlas, porque es como si yo mantuviera su palabra.

Hoy hace diez años que tomó puerta y nunca más volvió a entrar. Después venía, pero no entraba. Al principio venía poco, y después fue más constante, una o dos veces por semana. No sé cuándo fue el primer día, me dijo mi vecino que le había visto rondar por la casa mucho antes de que me

diera cuenta. Una voz que hablaba, y no por palabras que salieran de su boca. Hablar, decía, era desprenderse de la voz, liberarla, cosas que pierdes, caminos que ya no vas a emprender. ¿Qué dicen las palabras cuando ya huyeron, cuando ya dejaron de ser lo que se queda flotando en el blanco de la inminencia? Cuando ya dejaron atrás el paraíso de la punta de la lengua, o son la niebla radiante que respiras cuando sin más te quedaste en blanco. Ahí, cuando ya no eres casi nada y todavía eres lo que sea, cualquier cosa. Todo está aquí y no sientes nada. Aire que alguien sopló, solo huesos en el aire. *Vox: aer ictus*. Eso decías. Aire que han golpeado. Una voz golpeada. Y todo oídos. Y letra clara. Es lo que se dice: nada habla más que las letras. Y también todo lo que no conseguiré escribir, lo que no sabré decir.

La gente de la calle sabía quién era y, aunque les alarmó, callaban. Después fue su madre quien me dijo que parecía tranquilo, que los médicos decían que no debíamos exagerar, que finalmente nunca se había puesto violento, que no hacía daño a nadie. Que estaba todo en mis manos. Si tú le dejas venir y hablas con la gente, ¿qué mal hay? Hacía meses que había salido del hospital y vivía con su madre. Después pasó al piso tutelado porque su madre no podía cuidarle. Siempre había estado delicada y aquello empeoraba su situación. Ya no soy la que era, dejaba caer. Y él, ya lo ves, se ha convertido en un cuerpo sin alma. No se mete con nadie. Un día se fue y me asusté, pero no dije nada. Un sinvivir, créeme. Cuando reapareció se me ensanchó el corazón. Sería el primer día que fue hasta tu casa, en junio tal vez, no sé. Yo no podía controlarlo, algunos días no consigo ni levantarme, y fue cuando con los médicos decidimos que se fuera al piso. Me miraba con aquellos ojos dóciles, un blanco enfermizo y sombrío con las pupilas inquietas, como si de repente tuviera que echar a hervir. Y no supe qué decir.

Solo el pensar que iba a tenerlo delante de la casa ya me daba náuseas. Ya había decidido que no quería saber nada más. Nada. Me había quedado deshecha, chafada, no dormía, no comía, estaba en los huesos, como si me

hubieran robado el alma. Migrañas que aguantaba hasta perder el aliento, si se le intentaba controlar machacaba hasta el agotamiento, estaba harta y más de una vez ya le había abroncado. Perdí las fuerzas, me sentía vacía de mí, de horas que tenían que haber sido mías y solo mías. Me sentía rendida. Como la carcoma, me comía por dentro, porque era algo mío que no podía dejar sin más. Pero me desbordaba. Se le veía cabizbajo, como un animal herido, inapetente, y de repente salía de aquella letargia y eras tú la que parecía de trapo, desmoralizada, como después de una paliza. Hasta aquí hemos llegado, pensabas, y te mordías los puños, la culpa era negra y no la querías cada vez que decías hasta aquí. Y sentías rabia ante aquel loco, le habrías dejado en la estacada, tenías que claudicar, ya no podías más. Y le insultabas, era insufrible. Luego te echabas a llorar y no sabías qué hacer empujada por aquella insurgencia que te revolucionaba. Y otra vez querías protegerlo, curarlo, te ponías al alcance de la voracidad inclemente de los días que no pasan, de sus estridencias, de todos sus proyectos que no eran más que proyectos, sin orden ni concierto, se alzaba en una excitación gris y oscura que al momento se tornaba colérica para allanarse después en un silencio egoísta y desinhibido que nos desnudaba y nos vaciaba como si un viento excesivo nos hubiera golpeado y no hubiera dejado nada de nada, solo huesos y piel holgada. Basta, ya sabes que se trata de un lugar al que no debes volver, era un hombre con heridas abiertas y tú no sabías cortar aquel derrame que parecía que no iba a agotarse nunca. Porque él ya era ese puñado de cosas que huyen y finalmente se desvanecen. Y tú, un nido de remordimientos sin concierto.

Déjalo. Cuando el vecino, una gloria del teatro local, te preguntó si de todo aquello podía sacar la obra maestra de la temporada, le echaste con cajas destempladas, parecía ajeno a la conmoción, al trastorno que suponía verle llegar como un pasmarote y tenerlo justo delante de la casa. Había algo inconfesable, no sé, tal vez indecente y ofensivo en ese espectáculo, como si todos tuvieran que burlarse de la escena, y finalmente todo se convirtiera en

una farsa. Pero solo con verlo ya se adivinaba que, de farsa, nada. Al principio tenía su gracia; después, molestaba, y ahora lo dejan tranquilo porque no es más que un hombre que habla con una casa. Se acostumbraron. Los paseantes que se lo encuentran no ven más que eso: un hombre que habla solo delante de una casa. Pero van a lo suyo, son muchos los que han perdido el norte. Le miran de reojo, cambian de acera y siguen su camino. Algunos se paran, inquietos, se vuelven y miran extrañados. Un loco. De remate. Y cuando se calla ya saben que es uno que habla para sí, que pronto soltará cuanto se le antoje. De todos los colores. Porque no se le acercan, se dan la vuelta, como si le tuvieran miedo. Nada bueno. En los ojos, en la boca abierta, en los labios, en las comisuras con la saliva prendida, le crece algo como un pasmo que actúa de repelente y todos se alejan. Algunos muestran repugnancia sin disimular, otros quieren hacer ver que no se fijaron y su aversión se disuelve en prisas, y el aire que desplazan se convierte en una molestia, levantan la cabeza y el paisaje distraído que tienen delante de pronto es una impertinencia y ya no deberían estar aquí, sino lejos, bien lejos. Al final el mundo está lleno de cosas que debes pasar por alto.

De los amigos que tenía ya no queda nadie. Y de los míos, tampoco. Nos han dejado solos. A él ya no sabían cómo tratarlo, lo miraban con ojos insulsos y clementes y eso bastaba para estropearlo todo. El trato escrupuloso hacía de los ratos que pasaban con él visitas corteses e ineludibles, pero letales cuando quien te ha de dar conversación es un amigo. Y desde que vino hasta la casa, aquí ya no se acerca nadie. De mi familia tampoco quedaba ni una alma, hacía años, antes de conocerlo a él, bueno, una hermana de quien nada sé desde hace una eternidad porque se fue a vivir quien sabe dónde, y mis padres habían muerto ya. A mi padre no lo conocí, desapareció cuando nací yo, y ya tenía los veinticinco cuando descubrí que se había muerto en un accidente de tráfico. A mi madre un cáncer de pulmón no le dejó cumplir los cincuenta, justo cuando yo cumplía los diecisiete. Muy pronto aprendí a vivir sola. Ingresé en la universidad y en casa solo quedaba mi hermana la mayor,

que se fue para los Estados Unidos cuando yo acababa de conocer al hombre que ahora me habla desde la calle, justo cuando comenzábamos la carrera. Tenía amigos, pero con todo esto desaparecieron.

Ahora solo quedamos él y yo, uno delante del otro. Bueno, no puedo asegurar que él sea ese que habla delante de la casa. Soy una mujer abandonada. Hija de Dido, de Medea, de Ariadna. Y carne de espera que sabe que espera, en este infierno dulce de ser solo atención, porque me gusta poner cuidado en las cosas, atenderte incluso a ti, y saber que solo en la punta de la lengua todavía puedo sorprenderme a mí misma. Aquí, cuando las palabras no llegan y las echas de menos. O el abandonado eras tú. Porque he convertido la expectación en laberinto y no sé por dónde salir.

Le esperas. Estás sentada en la salita que da a la calle y miras la pantalla negra del ordenador. Pasas los dedos por el teclado, como si fuera posible amansarlo y acariciar lo que podrías escribir. Y dejas pasar el tiempo. Palabras que han de fermentar, con el miedo aquel de ver que crecen de más y pensar a ver qué haces. Intentas serenarte, conformarte al ver que cada cosa está en su sitio. Excepto la taza de café que te has tomado. Y ya te molesta. Hasta que vas a la cocina y, después de enjuagarla, la secas y vuelves a ponerla en la alacena de la cafetera. Le esperas. Miras por la ventana. Pero no ves claros en esta niebla helada. Es como una expectación difuminada, un deseo reconcentrado que te embiste, aunque sin la avidez que devora a los que ponen la confianza en lo que ha de venir. Solo flotar en la consternación de saber que ya nada esperas. No hay aflicción ni desasosiego, solo atender, escuchar, dejar llegar.

Y llega, puntual. Deja en el suelo la bolsa y una mochila diminuta. Y comienza su perorata, su arenga. Podría abrir la ventana y oír solo ese rumor de cosas dichas que atacan como una caricia, su voz pastosa como masa que ha fermentado y desconozco. Y esos gestos desatados, de reprensión que se yergue en filípica y de repente se deshinchán en una balsa de aceite inexpresiva. Pero insiste, levanta una mano de profeta, que ahora sabes que no te señala, que hiere solo el aire que remueve. Un ataque. Como fingiendo un enfado que le viene grande, con esos ojos conformados que le desmienten. Y no habrá pasado un minuto y se morderá los labios, y luego intentará

contenerse. Pero algo se le revuelve y ya se yergue y se alivia con algún gallo en la voz, pero son las manos las que rebaten y en la boca se le destiñe un gesto incrédulo, mientras dibuja con el mentón levantado de escorzo y un movimiento preciso y seco la objeción definitiva. Algo con lo que seguro te tapará la boca, no podrás rechistar. ¿Pero decir qué? Cierra los ojos, ofrece las manos abiertas y sabe que te ha dejado sin palabras. Deja pasar un tiempo que te ha de incomodar y nada en el extraño placer de un triunfo rebelde y en la repulsa que le permite tomar aliento. Solo un paso atrás y el revés que te habrá dejado la cara marcada le duele, y lo que hasta entonces era un haz de reproches se deshace. Primero se encoge de hombros, deja caer los brazos y se repliega como si intentara dejar sitio, apagar su presencia. Como si se derrumbara precipitadamente y estuviera ya a ras de suelo, en los cimientos. Polvo apagado, escombros que ya nadie quiere. Pero no mueve un pie, recto como un palo. Es en una esa quietud donde quiere desaparecer, con los ojos cosidos que le arremangan la nariz. No es por que no lo vean, no es eso, es no estar, ni aquí ni en ningún otro lugar, no haber venido, deshacerse, desdibujarse, perder el perfil, disolverse. Allanarse en su estupor. Eclipsarse y ser esa desbandada, extirparse incluso, dismantelarse. Así, desasido de sí, y salir de madre. Y si te acercas podrás oír cómo masculla entre dientes, incontinente. Es un balbuceo que chirría, una verborrea estéril, palabras que quedan por decir, un murmullo entrecortado, que se apaga. Cada cual habla como es, decía. Y manotea, como si alguien quisiera agarrarlo. Pero no hay nadie, solo esa ansia de palabras que no se acaban, ese murmullo de callarse que sale de los que se muerden la lengua. Como un dolor sibilante, cantos estrangulados de sirenas, la voz velada, como una astilla en las cuerdas vocales que arde y acaba en un aullido frustrado.

Quien calla todo lo dice. O no dice nada. Yo quisiera ponerle las palabras en la boca, que no se lastimase más con ese revoltijo de voces que son como de cristal y le arañan el alma. Ahora da cuatro pasos, ir y venir de animal enjaulado. Solo perder pasos, sin pararse, en una danza perezosa, un

pie tras otro, sin pararse. Y otra vez, se da la vuelta cuando llega a la esquina y de repente rehace al camino, sin soltar palabra. Se encoge, agacha la cabeza y retrocede como buscando calcar las huellas que ha dejado. Salta por encima de la mochila y se pone a reír. Un remedo de carcajada que se le queda colgando, delgada, de los labios, medio abandonada. Nunca parece distraído, como si todo lo que sucede fuera calculado, decidido en las frías entrañas de una interpretación en la que no se ha dejado al azar ni un gesto, pero nadie le acusaría de histriónico. Parece inmerso en una especie de ceremonia en la que todo debe cumplirse según los planes, en la que cada detalle se ha perfeccionado hasta el exceso, donde nada parece ya ni afectado ni artificial. Luego se le ve zozobrar en esa espontaneidad, así, sin pensarlo, un muelle que lo dispara y le hace ir a lo suyo, con el impulso de las cosas hechas sin más, sin reflexión, sin atención, siempre enrarecido, como al hacer un gesto frecuente, ordinario, uno coge el teléfono, y de repente, más tarde, no sabe muy bien qué está haciendo allá dentro, en la nevera. Pensabas en otra cosa y ha sido la rutina la que te ha guiado, como si no tuvieras que hacer más que obedecer, te ha llevado hasta allá y lo has dejado. Cualquiera que te hubiese visto habría dicho que siempre lo has hecho igual, que eso pasará cada día. Tú tenías cara de ser puntualmente el que deja el aparato al lado de los yogures, como si tal disparate fuese una embriaguez amanerada del hábito, de lo que tienes por costumbre hacer. Cosas como las que hacen los que están acostumbrados, con la normalidad de lo que parece cierto y seguro. Aquello realmente le hacía inexpugnable. Hacer lo increíble de manera tan convencional. Aquella tontería, como si nada. Así, talmente. Casual. Y aquella fragilidad que lo devoraba, frágil, pero indiscutible.

No pensabas en un hombre imprudente, la idea de lo absurdo aparecía después, mucho después, porque le protegía una suerte de seguridad sin grises. A veces transmitía aquella inmunidad que reconocemos en la cara de la gente que sabe. Aquella desgana de los que triunfan. Sin dejar de ser delicado. Y los ojos inconsolables de un hombre con la cabeza repleta de viento. Cosas que le pasaban: dejar el teléfono en la nevera, abrir armarios en los que no tenía por qué dejar lo que llevaba, apagar la luz al entrar en una habitación en lugar de encenderla, porque no se había dado cuenta de que ya estaba encendida, o sí, pero el gesto llegaba antes, rápido, sin pensar. Se acomodaba en esa inadvertencia, corría por los ángulos muertos, en esa suspensión imprevista siempre. Cosas que no debían preverse porque eran demasiado maquinales, inconscientes, súbitamente se invertían y en el error parecían deliberadas. Y lo dejaban confundido y paralizado, como si una confabulación le hubiera dejado al paio del descuido. Todo, sin más, adquiría una actitud tan fortuita y eventual en sus ojos incautos. Y tan ligera a la vez. En aquel pedazo de azar, en aquellos gestos fortuitos que parecían premeditados, mostraba una desenvoltura que en nada se volvía estupefacción, y era en aquel punto preciso, en el intervalo en el que se mezclan gestos y mirada, en su reflejo, cuando parecía transparente, flotante, frágil. Luego se enfadaba, y solo podías reírte a escondidas. A veces es en los recodos de las personas donde más aprecias un gesto, una ráfaga de luz, una

voz, un día oyes unas palabras y ya no entiendes qué dicen, pero aprendes que es en un tono, en la inflexión, en el deje, donde crecerías como mala hierba. Cuando se quedaba en blanco, en aquel blanco como el papel de escribir, le quería. Y ahora estaba más blanco que la pared.

Tarde o temprano vamos a callarnos. Se lo había oído decir tantas veces que, de pronto, cuando sucedió y pasaba el tiempo sin decir nada, se movía sin que se notara, desaparecía como un animal sigiloso, no me extrañó. Todavía salíamos con los amigos, los suyos y los míos. Cuando preguntaba entre los que lo conocían si siempre había sido así, tan discreto, seco, como si en sus ojos, que parecían inteligentes y bien despiertos, pudiese verse una capa transparente de reserva, me decían riendo que siempre había sido quieto, pero que no debía fiarme de aquella contención. Y se reían todavía más. Le atribuían, con aquella burla, un algo de desenfreno que yo no conseguía encontrar en su sobriedad. No sé, algunos días creía que hasta se reían de él, pero él insistía en que fingían, que siempre se trataban con aquel humor. Después, desaparecieron todos cuando le llegó la incontinencia beligerante. Pasaba de la moderación tan sensata a la verborrea insistente, sin preámbulos, y nos dejaba desconcertados a todos porque parecía imposible que una persona retraída como él fuera el entremetido que se materializaba de repente y se mostraba disconforme y desconsiderado. Sin gracia. Era como si descargara una tormenta. Pero después se eclipsaba y se pasaba días sin querer ver a nadie. Molestaba y no sabían cómo tratarlo porque, de hecho, no tenía amigos, solo conocidos de aquí y de allá.

Un día, había pasado ya más de un año desde su primer ingreso hospitalario, me topé con Joan, creo que así se llama, o Lluís, no sé, porque

los había tratado muy poco, solo algunos viernes cuando aún salíamos juntos de copas, y me dijo que no lo había tratado lo suficiente. Como los otros, me dijo. De él no sabíamos casi nada, añadió. Estábamos a la puerta del Bar Bosch, él salía y yo entraba a tomar café, y aquel silencio no parecía incomodarnos, como si de repente quisiera que yo le tirara de la lengua. Pero yo no decía nada. El camarero nos preguntó, altivo y carilargo, si lo íbamos a dejar pasar. Estábamos en medio del paso y lo atorábamos. Me cogió del brazo y me llevó a la calle, entre las mesas de la terraza. Me miraba a los ojos con una extraña docilidad, como si me hubiese mentido y quisiera que le descubriese, como si aquella ligera presión que le afinaba los labios no bastara para contener la avalancha de palabras que le quemaban la lengua. No hubo necesidad de decir nada, solo intenté abrir la boca y ya no tuvo remedio. Lo que le tensaba las mandíbulas, aquella expectación, no sé, los remordimientos, una inquietud imprecisa, desapareció, no le bastaba el aire, se le amontonaban las palabras debajo del paladar y en las encías, se le trababa la lengua y era una convulsa corriente de palabras desbocadas, como si recibiera el embate desatado de un torrente en plena crecida y buscara solo cómo dejar de ser la hilera de cosas que quedaron hace tanto por decir.

No éramos amigos, entendí. Era demasiado transparente. Puro oxígeno. Parecía volátil, libre, inconsistente. Por eso tenía aquel aspecto vulgar que hasta podía parecer ridículo, tan delicado e inestable, tan poca cosa. Era como si se hubiera evaporado, con aquella apariencia de misterio insulso con la que nos desarmaba porque parecía borrarse, como si de aquella manera de despintarse del panorama hubiera hecho un arte. Y desde aquella presencia tan deleble, como una sombra solitaria, un día, te cogía distraído, le contabas cualquier cosa, una tontería, nada, a veces solo para iniciar una conversación, y era capaz de afilar aquella futilidad hasta que te llegaba al alma. Daba miedo, pero había lanzado el anzuelo y ya te había captado. Uno tras otro caímos todos. Todos los que después pretendíamos que le tolerábamos solamente. Un comparsa en una obra en la que no tenía papel.

Cuando estábamos todos juntos parecía que lo tratábamos con condescendencia, pero todos disimulábamos, por eso nos reíamos, porque al fin y al cabo teníamos la certeza de que era él el que nos conocía bien, como si a sus ojos fuéramos bien reales y no hubiera manera de esconderse, como si supiera leer lo que llevábamos escrito en la cara y todo lo que uno intenta ocultar de sí mismo hubiera quedado a la vista. En su rareza nos desnudaba. Y no era por miedo a su indiscreción, porque en aquello que de verdad importaba era un caballero, era el ansia que provoca sentirse desenmascarado. Y eso mismo era el rasgo que lo hacía cautivador. Como si fuera capaz de no ser nada de nada y convertirse en caja de resonancia de quien tuviera delante, como si él no importara y fuera el refugio donde uno podía encontrar lo que no se hubiera dicho a sí mismo. Era lo que hacíamos todos sin decirlo. De uno en uno. Y callábamos. Después teníamos que huir y pretender que era insignificante, soso, sin vigor, porque asomarse a su sagacidad nos dejaba desnudos. Y pasaba por fenómeno en su rarefacción, carne insólita entre la genialidad y aquella postración anémica que tanto lo apocaba.

Joan, o Lluís, se calló. Se había encogido, fijándose mucho parecía que lo habían desinchado, o que de repente era más pequeño. Me miraba como buscando mi aprobación, como si con todo lo que había recitado hubiera soltado lastre y ahora fuera incapaz de deshacerse del pasado, recuerdos que atascaban y no dejaban oír aquellos días. Ahora la trompetería de la memoria estaba a punto, reluciente, recién estrenada. Ahora podía volver sin miedo, como si hubiera limpiado el lecho de un torrente y el agua pudiera volver a correr sin obstáculos. No me preguntó nada, ni como estaba él, ni si vivía, nada. No contó anécdotas, y pensé que de todos aquellos años quedaban solo aquellas palabras destiladas. Me besó en la mejilla, se giró y desapareció. Se alejaba solo la espalda de un desconocido.

Tuve la sensación de ser un vertedero adonde habían ido a parar los residuos líquidos y grasientos de aquel proceso mientras que se habían

volatilizado cosas que no sabía. Tú querías conocer la trama, el hilo que te permitiría tejer el tapiz, y la lana era poca y a jirones se perdía entre los setos. Joan, o Lluís, se había evaporado y ya estaría pensando en otra cosa. Y tú también. Un encuentro fortuito que retornaba al mismo lugar de siempre, y a la misma idea de estar viviendo en un intervalo, entre una cosa y otra, tú esperando la conexión entre un autobús y otro, el enlace en un aeropuerto, tú, así, entre dos trenes.

A veces, cuando viene, todavía quiero pescar palabras de su boca. Necesito su voz, su persistencia, lo que le impulsa a venir. Un hombre que habla. Y una mujer que escucha. Y solo ofrece esa cantinela incomprensible, esa manera suya de hablar con palabras masculladas. O sin palabras, vete tú a saber. Solo un ritmo que se sale por los descosidos. Donde no ves más allá de tus pasos. Esa tenacidad y no salir del mismo lugar me corroe el alma. Siempre aquí mismo, como encadenado. Algunas veces ni siquiera se le oye, solo mueve los labios en una suerte de playback sordo. Le metería palabras en la boca, querría oírlas porque sé que es a mí a quien habla, porque en medio de esa melopea está lo que me dirige a mí y solo a mí. Quisiera abrir un pasadizo en esta pared, un pasadizo estrecho en esta masa de rocas, fragmentarla, excavarla hasta sacar algo en claro, lo que da uno al hablar. Pero no haces más que lastimarte. No me importaría dar con el infierno. Lo que no quiero oír de ninguna de las maneras. Saber que no és a mí a quien susurra, porque tal vez es eso, solo murmullo de hojas al pasar del viento, o agua que corre, o saber que todo ese zumbido me está buscando, o solo llovizna, como un piar en que traduce las más amargas palabras, las que me carcomen la entraña, chirríos y resoplidos, y no importa si en el estrépito me ahogo, en la afonía de no llegar a sacar nada en claro, porque no hay nada que sacar, no, solo perder la cordura, y quién sabe si quiere ladrarme o bramar como el mar, que es un reclamo para cazarme y desplumarme los días y dejármelos

mondos, que todo se pierde en ruidos, tripas que roncan de estar a disgusto, voz amasada en la queja y el bramido, en un tumulto estridente de gruñidos, aléjate del agua estancada y de gato que no maulla, porque gritar no grita, solo a veces un falsete, un gallo o un balar de cabra, pero gritos y escándalo, no. Ni para amenazar grita, es mejor una agitación vacía, latigazos afónicos, un torrente de voz de querer y no querer, y tú al acecho. *Ascoltando ti sto*. Habla. Habla. Y él que no para. Sin voz entre las voces. Un crujirse. Ahora un silbo, y justo en el medio del murmullo como si se tragara un quejido, y sin más, cuando ya nada esperas de esa evacuación, vuelve a ello y parece que respira como un hombre cansado, y estira las manos como si se le quisiera acallar, y él pidiese otro minuto, y con una bocanada tuviera que bastarle. Y respira hondo, parece como si sorbiera el aire de un pozo profundo, y vuelve otra vez, es a mí a quien habla, y a sus ojos soy la persona más importante del mundo, no es en balde porque espera de mí un sentido, porque es en mí donde espera aclararse esa voz persistente preñada de tormenta, que se alza entre suspiros. Una recelo frenético le cierra los ojos y mana desde el desdén irritado hecho ya rumor de ternura un murmullo dulce como de rezar. Hasta que ya no se oye nada.

Di en mi lugar, habla por mí. Un hombre que busca algo, algo que no encuentra, porque sabes que viene a tirarte de la lengua, voz ahogada entre las voces, como quien pone letra a una música, como si fuera a apalabrarla. A veces se pasa las manos por el pecho, los brazos, se abraza y se recoge y ves su miedo a perder la presencia, como si fuera a esfumarse y perderse a la vista de todos. El miedo de no ser más que una sombra, un fantasma, y entonces es cuando te busca desesperado con el reproche insidioso. No alcanzaré a decir ahora lo que no me sale de la boca. No esperará ahora que diga nada bueno. No ve que me deshago en pedazos, que ya no estoy aquí, que me he ido y me he disuelto y me embiste con el ansia de los que se van y desaparecen. Momentos de ausencia y pérdida que se crecen y si uno no responde lo retratan. El retrato de un fugitivo. Escúchame, todavía estoy aquí.

Y no. Ni por esas. Se encoge, su cuello desaparece entre sus hombros, como si algo se lo comiera sin remedio, se repliega y se difumina, una silueta colapsándose. La voz de nadie. Y es esa la voz que quiere confiarme. Y es en mí donde cabe lamentarse del silencio que calca su semblante.

Parece como si ya no supiera hablar si no es él quien me da la vez y solo sé ahogar sus palabras en esta escritura, en esta melopea, eco de él que me crece en las palabras. Aire de él expirado que me da aire, en donde busco aliento. Un hombre que habla sin ser entendido, una mujer que escucha sin oír nada. Un ejercicio de ventriloquía. Como si se ofreciese: créame en tus palabras, soy esas palabras externas, aprópiate de mí, ya lo sabes, solo refunfuñamos cuando se nos busca, si se nos invoca. Llámame y apareceré por las grietas. Y solo ese muro de letras sin refugio. Yo que le sacaba la palabra cuando me miraba con los ojos idos, suspendido del hilo de no encontrar la voz. Y se enfadaba cuando veía en mis ojos que ya la tenía, pero me hacía de rogar, sin dársela.

Porque primero fue un juego, pero pronto ya fue un sinvivir que se le ponía como un velo en los ojos. Era como si se le hubiese muerto la voz en los momentos de ausencia. Después fueron esos jirones de voz, trozos sueltos de cosas sin decir que se le quedaban en la punta de la lengua. Y ya no nos reíamos. Tratábamos de ignorar una angustia que disfrazábamos para hacerla más pasable, disuelta, molida en las cosas ínfimas, no le des más vueltas, basta un gesto y ya es agua pasada, quiere decir café, y le colocas la taza delante, quiere decir yogur y se lo sacas de la nevera, sin mediar palabra. Como si nada. Solo inoportuno. Pasan los días y aquella garganta fulgurante no se atasca, y en los ojos le brilla una felicidad apagada. La de todos los días. Pero sin previo aviso regresa aquella opacidad que le siega el habla y ya son contracciones bucales, repeticiones sin sentido de retales de palabras que no se acaban, y sílabas prolongadas y que se pierden en el titubeo, y la perplejidad le perfila los labios abiertos de hombre que babea. Cierra los

puños, suda y se insinúa un acecho de espasmos y ya es ese quijote quieto que se queja y vacila, emponzoñado de verborrea sorda. Decía que tenía un no sé qué en la boca, como un pelo enredado en la lengua, algo que se queda entre los dientes, una molestia. Que no era nada, déjalo. Tampoco hay que exagerar. O eran despojos, restos de cosas que se le habían escapado, presencias espectrales. O bien no sé lo que quería decirte. Bueno, déjalo. Perdí el hilo. Se me ha ido. Como si me hubiera perdido en una conversación que ya no teníamos. No hay que hablar mucho para hacerse entender. Y callaba. Estaba ahí, como un poste, inmóvil. Y de pronto decía: tengo que quedarme aquí. Tengo que esperarla. Un rato más. Tengo que estarme quieto y la veré llegar. Viene de lejos y me busca las cosquillas. No pienses que veo fantasmas, es una voz mía, una voz que viene de lejos. Solo tengo que escuchar, es como si me siguiera, pero no debo girarme, tengo que esperar y cuando me alcance sabré lo que quería decirte. Pero no puedo plantarle cara, porque entonces se esfumará y no se sabrá nada más. Nunca más. No te muevas. Así, quietos. Ahora no digas nada. Solo es una voz que viene de lejos, que ya lo ha visto todo y le ha costado llegar, viene deshecha, y teme fundirse en esta palabrería de cosas que nunca se dijeron.

A veces creo que veo en la boca de la gente el bulto de todo lo que se han callado, labios secos y manchados de reservas y secretos, cosas a medio decir y furtivas que levantan ampollas, blancos de todo lo que se les quedó en el buche y las cicatrices de las veces que se mordieron la lengua. Y ya no sé si era lo que dijo o si le puse yo esas palabras en la boca. Porque entonces él ya estaba callado como si se hubiera secado. Disimulaba porque le espábamos. Su madre también. No había querido ir al médico. ¿Qué os habéis creído? ¿No estáis bien? Se andaba con cuidado y se callaba más de lo que decía. Sabía que estábamos al acecho. Que sufríamos. Había oído a la vecina espetándole a su madre que era una lástima, con las notas que había sacado, y ahora parece que se derrumba. El otro día hablaba solo. Iba como perdido. Y no se le entendía, y yo bien que me fijaba, pero nada de nada, que

no soltaba ni media palabra, que era solo como un rumor, viento revuelto. Como cuando alguien habla desde lejos ¿sabes aquel murmullo de viejas rezando la letanía? Pues eso, más confuso si cabe. Esas bocas que pretenden decir algo en un funeral cuando pasan a dar el pésame. Parece como si les pintasen palabras en la boca, y algunas son como gruñidos. Queda raro, pensándolo bien, en un momento así y solo alcanzamos a chirriar. O no. Porque en un día así las palabras solo molestan.

Luego él se volcó en las letanías. Listas de cosas. Eso se le daba bien. Un día me hizo grabar aquella urdimbre cerrada de palabras. Me dijo que estaba completamente seguro de que encontraría lo que tramaba aquella retahíla. Las anotaba en una hoja y se pasaba horas, hasta que aquello parecía un mapa. Palabras entrelazadas por hilos finos de lápiz. Si te acercabas decía espérate, ahora te atiendo, espérate que ya casi está, que no puedo caerme en un hoyo, que luego no podré salir. Te miraba traspuesto e insistía, como si de un momento al otro fuera a salir del laberinto que él mismo había entablado. Un terreno en el que se movía como fiera enjaulada, como quien espera oír una historia y no se da cuenta, pero ya no queda nadie, y lo que quiere oír no puede salir más que de sus oídos. Lo que me dolía cuando me decía que escuchase por él, que oyese aquel escándalo por él. Ponte en mi lugar, y así sabrás qué palabra sigue y me la pondrás en los labios. Es lo que hacen las palabras, me decía, viajan de boca en boca. Y ahora entiendo que estoy aquí, oídos atentos, y sé que escribir es solo esto, escucharte hasta matar el final. Como una liebre. De corcho. El oído de mármol al que siempre me hablas.

Algunos días me decía que no eran ni las ausencias ni la palabra que se quedaba suspendida, que eran las pausas, los intervalos, lo que se quedaba en medio, que solo se sentía con fuerzas de agarrarse a la modulación, a los cambios de tono, que era donde se entretenía, que allí estaban los pasajes, los lugares en los que se atoraba. Son los obstáculos, y punto. La continuidad. Ahí se oxida, decía, como herrumbre entre los dientes. Luego ya no insistes

y es un lugar donde quedarte, donde ronceas, te entretienes y te distraes. Te instalarías, como cuando esperas haciendo tiempo, vacilando. Es esa demora, y ya no duele, es blanda y apacible. Yo me acercaba con preguntas, le dejaba hablar, ahora que no tropezaba, por eso era incluso más cruel esa especie de incontinencia verbal cuando hablaba de lugares que se abrían, que parecían dunas del desierto o alta mar, que era un bosque cerrado pero visto desde un cielo imperturbable. Y hablaba de las cercanías de las palabras, de los descampados desiertos, solares abandonados, un aparcamiento sin coches de una gran superficie comercial, un solar, y aquellas paredes destartaladas, derrumbes y desmoronamientos. Allí, en aquella soledad, sé cómo pararme. Y era tan preciso que describía los lugares por los que pasaba sin levantarse siquiera de la butaca. No hacer caso tampoco servía, porque se callaba. Mientras tanto no sacabas nada en claro de todo aquel viaje. Pero reposabas. Porque oírlo y entender lo que decía era más amargo, más inclemente incluso. Cierto que no sentías el ansia que te quitaba el aliento cuando solo chirriaba o se le atravesaba la palabra como un hueso en la garganta, pero cuando hablaba de aquellos lugares tan vastos era como estar donde decía, en un patio descubierta, al raso, y habrías dado el alma por un rincón techado, un refugio, un santuario. Me han vaciado, decía, me han vaciado.

Se le despoblaban los ojos de las cosas que habíamos vivido, de los días felices, y que no voy a decir aquí porque por escrito duelen más. Se enfurecía porque las horas que habíamos compartido de repente se evaporaban, y al mirarle solo se veía a un extraño y aquel desamparo. No, no voy a contar aquí aquellos días porque tenía razón él, porque se abren como una fisura, un resquicio por donde todo se esfuma. También hacía preguntas, como un chiquillo. Como si tuviera que hacerlas todas. Y me remordía no encontrar respuestas. Y esperaba. Como convocando un purgatorio. Y si no decía nada, ya hacía otra, sobre cualquier cosa, todo lo que le rodeaba de repente le parecía extraño, y era una marea incesante, y parecía que con las preguntas todo retrocediera, y en la sala, la mesa, las sillas, los cuadros, las

alfombras, los libros retrocedían, todo se quedaba como desnudo, sin clavos en las paredes, que se desarmaban y le dejaban a uno allí, solo el lugar sin más, en cueros, y aquellos ojos, como rocas resbaladizas, abstraídos y envelados, que te desvalijaban.

Era yo, entonces, quien le decía respírame al oído, no digas nada más, calla y respira, y sentía aquel aliento en el registro de voz más bajo, solo piel y huesos, no quiero oír nada más, solo viento, y el vértigo del aire soplado. *Aer ictus*. No saber nada, en las orillas de la voz, por los márgenes, fugitiva de mí, como si no fuera verdad que aquel oído fuese mi oído y él no fuese un chiflado, un loco, un hechizado, un lunático. Respírame al oído, porque no quiero oír ya más ese canto de sirena, esa manera de derruirse en la voz, esa salmodia que nadie puede resistir. Calla. Calla más. Y ahora quiero escucharlo, como se escucha a un enfermo, rebuscando entre los retales de palabras que no entiendo, como un perro sabueso, quiero hurgar en ese bramido soñoliento que se alza y sin que se sepa cómo ya es queja o rabia. Escribir para una voz nada más. Prestar oídos. Dártelos. Y solo temo no oírlo, que no regrese. Y quedarse como quien oye llover.

Aquí uno escucha lo mismo que dice. Digo y es su voz, son las palabras que se le deshacen en la lengua, astillas de cosas que no oí, que me han dado la espalda. Tu voz en mí. Ruido de llaves que giran y no abren, de alas recortadas, de café que no sale, rumor de hojas, de animales huidizos, del verde frondoso que esconde pájaros, de voces muertas, palabras que dan sombra fría, sin tensar, libres, a rienda suelta. Si chillas y balbuceas abres un vacío en mí, y ya no soy más que una armadura hueca. Claros y sombras de tus rarezas son como una corriente de aire y es por las grietas, puertas que no ajustan, hendiduras y brechas por donde sé responder. Un mal entendedor trata de sacarte las bestias que reculan y se vuelven adentro, gallos, más voces en una voz que se parte y que anidan en un borboteo ahogado, un nudo en la

garganta entrecortada, como almidonada, un pozo ciego atravesado por fantasmas que se pierden en el desvanecimiento.

Y yo quiero escribírtelos aquí, porque no basta con que se mueran, abortos de un pensamiento, una imagen que al fundirse como una bombilla le deja a uno a oscuras, una idea que ya es quimera ardiente, que no es ya ni brasa ni polvo. Y aquí estoy y debo vigilar, furtiva, a los espectros que no te dejan poner los pies en la tierra. Hace ya tiempo que te obsesionaba todo lo que no deja rastro, voces al viento, decías. Aquel gesto singular que ya nadie podrá decir que me vio en los ojos, la manera de amasar de tu madre, la falsa pose de un hombre solo que no encuentra su sitio ni al estar quieto en un semáforo, tu padre caminando entre los cactus, aquella manera de agarrarme el dedo pequeño del pie que nada más viste una vez un día soleado que me dolían las muelas, y tú escribías y escribías en las libretas porque querías hacer memoria de todo lo que está destinado a no ser memoria de nadie.

Listas y listas de cosas que iban pasando con sigilo y que nunca nadie volvería a ver. Y era más amargo verte embebido en un detalle, una mueca, una postura que no conseguías decir porque las palabras que escribías al fin y al cabo no decían lo que tú habías visto. Mirar y ser incapaz de decir lo que tenías delante. Aquel hundimiento. O aquel día que sin más me ordenas que me calle. Quieta parada. Y yo, como embalsamada, te pegabas como un hurón y en aquella quietud ya no quedaba ni rastro de lo que habías cazado, se había esfumado. Llegaba a parecer una simulación, no tenía aquel contorno, ni el perfil, era como si todo se hubiera perdido en menudeces, solo era aproximado. Y entonces eras tú el que desaparecía en un laconismo de horas y horas que solo te dejaba el sí y el no. O pasabas por alto cuanto yo te decía y repetías una y otra vez: solo quiero darme a entender. Saliva para nada. La lengua pegada al paladar. Basta de palabrería. La frente perlada de sudor. Porque comenzó a sudar constantemente, incluso en invierno. Se levantaba, iba hasta la estantería de la música y, como siempre, elegía a Bach porque

decía que él sabía guardar las palabras. Y el coro cantaba: *Ach wie flüchtig, ach wie nichtig*. Y cuando terminaba me decía en medio del silencio: ¡qué claridad tan desnuda! En esas notas se siente lo que no toma cuerpo en la lengua. Y se le desfiguraba la cara, como si fuera precisamente lo que no conseguía retener y que sentía en aquella música, como si fuera lo que le enervaba porque a él se le quedaba marchito, y después, aquella desazón de ver que todo se le escapaba lo enloquecía, todo desencajado y opaco, y que no era capaz de desgajar todo lo que quería expresar hasta la desnudez que conseguía Bach y que nunca lo saciaba. Lo que extrae de la voz y que se aparece en mí desvencijado, añadía. Y todo se pierde por los desagües. Me pedía: mírame a la boca. ¿Qué ves? No ves que parece que tiene ojos, un desagüe donde todo se disuelve y sin embargo no es ni liso ni llano, porque de inmediato se enturbia. Y ya no paraba hasta que se alborotaba y renegaba, como escupiendo lo que se le perdía. Y yo solo le tapaba la boca con la lengua, y le mordisqueaba los labios y le mezclaba los besos y las palabras. Y entonces era mío.